

LA VESTAL

El oráculo no le reveló el motivo de su encomienda secreta. Sin embargo, fue severo al indicarle las directrices. A partir de ese momento, la vestal debía recoger millones de gotas de rocío. Los dioses le entregaron tres copas enormes de cristal grueso. El oráculo retuvo sus tapas: tres cúpulas distintas.

—¿Por qué yo? Mi caminar no es ágil. Mi cuerpo está cansado. ¡No veo en la oscuridad! Mis señores, una vestal joven cumpliría con más prontitud —les habló con reverente desesperación.

La virgen más antigua no consiguió que los dioses cambiaran de opinión. Mitra y las tres copas enormes llegaron al *tholo*, el pequeño templo que por décadas habitó. Su larga vida le había enseñado que lo que nos toca es porque así los dioses lo han dictado. Esta faena la obligó a reestructurar todas las actividades del día. Se olvidó de las dolamas de sus rodillas y dedos. La escasa energía la empleó en cumplir su encomienda. Decidió llenar una copa a la vez. Hacerlo de esta manera no acortaría el tiempo de la faena. Pero Mitra pensó, “Si Hades me busca, al menos una de las tres estará llena”.

Madrugó. Salió del templo bajo un cielo repleto de estrellas. Se maravilló al sentir el fulgor entrarle en los ojos viejos. Se adentró en el bosque lleno de canción alegre. Las hojas acorazonadas se inclinaban sobre la copa. Las gotas de rocío cayeron obedientes. Los hongos en los troncos recogían sobre sus sombrillas las que bajaban de ellos. Ayudaron a Mitra. Las flores resplandecían como pedazos de espejo. Todo cooperaba. El sol se asomó. Detuvo el recogido. Miró

complacida que la copa retenía un tercio de rocío. Entonces, una brisa fresca la escoltó hasta su *tholo*. Mitra estaba fascinada con la experiencia; honrada y bendecida. “Agradezco al oráculo. Soy parte de un plan divino”.

Convencida de que era parte esencial de una importante tarea, revistió de alegría su espíritu, el que antes solo esperaba resignado la muerte. Ahora, alababa cada día. Cada uno era un milagro. La primera copa se había llenado. Con diligencia, la llevó ante el oráculo. Entonces, la cubrieron con la cúpula tallada de enredaderas y esmeraldas incrustadas.

—Mitra, llenaste la copa destinada a saciar la sed futura de la flora —pronunció con ternura la diosa Minerva.

Las palabras acariciaron el alma de la vestal vetusta.

“Salvé a todas las plantas”, pensó sorprendida al descubrir el uso de la primera copa.

La devota Mitra recibió la madrugada siguiente. Su vejez ya no le sabía a espera lenta. Despertó rejuvenecida. Salió de su *tholo* hacia el sendero que la llevaría a la montaña misteriosa. Recogió en cuclillas el sudar purificado del empedrado del suelo. Las piedras se pulieron para ella. Al pie de la montaña, aves diversas colocaron sus picos sobre la copa y vertieron las gotas que habían recogido de las hojas altas de los árboles. Pudo haberse sentado, pero la responsabilidad no le era pesada. Presenciaba un mundo nuevo que le regalaba la oportunidad de maravillarse ante todo. Por primera vez en su larga vida, fue alumbrada por dos puntos luminosos que caminaban hacia ella, suspendidos en la oscuridad y el silencio. Pisadas crujieron sobre la hojarasca. Un felino de gran tamaño sacudió los bigotes sobre la copa y antes de marcharse, rozó su pelaje sobre las piernas de Mitra. Volvió asomarse el sol. Terminó el recogido.

El rocío llegaba a la mitad en la segunda copa. Mitra se dio cuenta de que la llenaría en menos días. Se apenó al saber que pronto las tendría completas. No quería volver a vivir los días de espera rutinaria, ensimismada. Bajo aquel encantamiento universal, terminó la segunda copa. La presentó al oráculo. La cubrieron con la cúpula dorada, adornada con rubíes, topacios y perlas.

—Mitra, llenaste la copa que saciará la sed futura de la fauna y los hombres —pronunció agradecido Zeus.

Ella se sintió satisfecha. Regresó a su *tholo*, bendiciendo todo en el camino.

Esa tarde, miró la última copa con melancolía. No era la tristeza que ella muy bien conocía, la que sintió muchas veces ante los infortunios o desgracias. Era un sentimiento sublime y maternal. Era recordarse en cada hoja, flor, brisa y aliento de vida. Mitra fue abrazada por el amor. No quería que su faena terminara. Pensó sorprendida, “Qué curiosa es la vida; nunca le presté atención al rocío, y mira cuán importante ha sido en mis últimos días”.

No durmió en toda la noche. Quiso grabar en cada pliegue arrugado del cuerpo lo que acontecía alrededor. Bebió té de menta, su preferido. Celebró la existencia de las abejas al endulzarlo con miel. Miró entre las columnas dóricas el cielo estrellado y conversó iluminada con el silencio. Aspiró la brisa viajera llena de recuerdos gratos. No estaba fatigada ni soñolienta, estaba despierta junto a todas las cosas del universo. Así, recibió la madrugada.

Sin prisa, se dirigió a llenar la última copa. Desconocía el propósito de esta, pero confiaba en que su encomienda era útil y necesaria. No tuvo que alejarse mucho del *tholo*. Misteriosamente, la neblina la envolvió, danzó suspendida entre aquel humo blanco y frío, mientras ayudantes de todos los rincones llegaron hasta ella. Las cabras de monte caminaron lento por no perder ni una gota de rocío. Los pavos reales depositaron sus colas tornasoladas en la copa. Todos cargaron las gotas de rocío como mejor pudieron y con reverencia, las derramaron dentro de la última copa que sostenían las manos envejecidas de Mitra.

La copa de cristal grueso estuvo a punto de desbordarse mucho antes de que el sol se asomara. Mitra, ante tanta muestra de cariño, estaba agradecida. Sin embargo, deseó que la copa no se hubiera llenado tan rápido. Quería perpetuar su encuentro mágico con la vida. Pero ella mejor que nadie, sabía que todo tenía un final. El Sol comenzó a levantarse a su derecha. La brisa le susurraba una canción mientras la escoltaba al *tholo*.

Guardó la copa rebosante de rocío. No quiso que se evaporara con el calor de la mañana. Un sentimiento desconocido la invadió, su piel se erizó con el vibrar de cada ser viviente. Llena de todo, se presentó con la última copa ante el oráculo. Afrodita la cubrió con la cúpula plateada, repleta de diamantes cristalinos.

—Mitra, llenaste tu copa. Ahora, los corazones endurecidos llorarán tu muerte.

TODOPODEROSO

Sentí miedo cuando encontré los aperos de pesca de mi padre en la covacha. El intrincado sedal entró por mis ojos y se alojó en mi cabeza. Quedé sentado sobre él. La cuerda de nilón que olía a pescado crudo estaba tirada en el piso de la choza. Parecía un nido de pájaros. Agarré una punta, y como había aprendido, comencé a darle forma.

Entonces, pasó la abuela. No me raspó el cocotazo con que me saludaba cada mañana.

—Si andas atento, niño, podrás desenredar la madeja. Enredarla es fácil, mi amor, ¡pero desenredarla!

Le pregunté a la abuela de qué hablaba.

—¡Ay! Chorcholito, nunca me entiendes.

La abuela me llamaba por ese nombre que tanto me disgustaba. Creo que trataba de acortar la frase “cabeza de chorlito”. Me llamaba así por ser tan distraído.

Seguí enroscando el hilo de pesca en el pedazo de madera de cedro blanco que encontré flotando en la orilla. En forma rítmica apilé el hilo, dibujando un número ocho sobre otro. Decía mi maestra que el ocho acostado es el símbolo del infinito. No sabía entonces lo que significaba infinito.

—Así mismito, mi niño, con paciencia —era lo que me decía ese día la abuela. Mientras, se puso a descamar un rayado.

Encontré el nudo. Definitivamente era una madeja enredada, como decía mi abuela, aunque pensaba que ella se refería a otra cosa.

Yo contaba con ocho años recién cumplidos. Vivía frente al mar con mis abuelos, con mamá, papá y con la tía

Yaya. A Yaya le gustaba caminar en la madrugada a la orilla del mar. La escuchaba cantar.

Yo solía caminar también, mirando siempre al suelo, cuando me dirigía a la escuela. No buscaba caracoles, sino pedazos de curricán para amarrarlos. Caminaba descalzo. Llevaba los zapatos en una bolsita tejida por mi abuela materna, la única que conocía. Según andaba, contaba diez pasos y miraba hacia atrás para ver el rastro de mis huellas. Las contaba para llevar un cálculo mental de la distancia recorrida. Algunas huellas eran borradas por la lengüeta espumosa que se formaba en la orilla.

La manía de lamer que tenía el mar me molestaba sobremanera. “El mar no se conforma con todo el espacio que ocupa”, pensaba, “puede extenderse mucho más de lo que mi vista alcanza a ver y, sin embargo, tiene que adentrarse en la tierra. ¡Se cree todopoderoso!”. También llamaban Todopoderoso al Dios del cielo.

En ocasiones, en lugar de lamer, el mar agredía. Lo conocía tan bien, que podía adivinar cuándo ocurriría la agresión mucho antes de que sucediera. Primero dejaba de lamer, luego se retiraba, como dándonos la espalda, tomaba por aliado al cielo ennegrecido allá en el horizonte, fundiéndose con él, y era entonces que arremetía con toda su furia contra nosotros, rugiendo como una bestia salvaje. ¿Que cómo sabía? Pues ya se los dije, porque lo conocía muy bien. Había vivido con el mar desde que nací. Mi vida contada en años era parva pero si contaba los días, el tiempo se prolongaba. Me costaba mucho no pensar en esas cosas constantemente.

De camino a la escuela, me subía a un montículo que separaba el mar del resto del mundo. Unos pájaros que sobrevolaban el mar, anidaban allí. Usaban pedazos de hilo de pesca para hacer los nidos.

Mi papá era pescador. Salía a las cuatro de la madrugada en su yola cargada de aperos. Llegaba al caer el sol. Conté trescientos sesenta y cinco días desde aquel en que no regresó. Entonces dejé de contar. Mi mamá también lo esperó en la playa los primeros siete días sin irse a dormir. Después se fue

andando por la orilla a ver si lo encontraba. El mar lamió las huellas de mi madre. No una o dos, sino todas las que dejaron sus pies, que eran solo un poquito más grandes que los míos.

La noche antes de aquel día en que mi padre no volvió, oí a mi madre llorar con un gran llanto. Tal parece que papá se hizo a la mar antes que de costumbre por no escucharla llorar. Papá se parecía al mar. Creo que el mar lo había engendrado. Nunca supe su procedencia. Sí, papá era un engendro del mar.

Lo vi salir cuando la luna estaba en lo más alto del cielo, en la cresta del cocotero. Iba acompañado de una figura de mujer.

La voz de sirena de la tía Yaya no me despertó en la mañana, sino un golpe de mar que inundó mi cama como sucedía cada vez que los ruidos de la noche me daban miedo. La luz blanca que presagiaba la tormenta iluminó todo, y después escuché el trueno.

—¡Malditos sean! —detonó el abuelo—. ¡Ojalá se los lleve el diablo!

El día que cumplí los dieciséis, empecé contar el tiempo en años. Empecé el camino que recorría a diario. Al voltear la cabeza para contar mis huellas, las vi agrandadas, así como la distancia entre mis pasos. Según calculé, había recorrido un buen trecho. No volteeé otra vez a mirar atrás. La madeja dejó de ser; se convirtió en un hilo estirado. El tiempo y la distancia se juntaron. Entendí entonces el significado de la palabra infinito. Recogí una caracola vacía que llevaba dentro el sonido del mar, achicado. La guardé en la bolsa de curricán tejida por mi abuela materna, la única que conocía.

Subí al montículo para mirar el horizonte, donde se separaba el verde gris del mar del azul del cielo, no para saber de qué humor se encontraba el mar, sino para ver si me devolvía lo que se había llevado.

Miré hacia la tierra, le di la espalda al mar. Me sentí como él, todopoderoso.

Me sigo alejando.

YA NO ES IGUAL

El tren arribó al Roma Termini una tarde en que el calor derritió un récord de doscientos años. Los vendedores de agua embotellada hacían su agosto en junio y los felinos desfallecían a la sombra de los palcos imperiales del Coliseo. Nos hospedaríamos en el Hotel Forum, nuestro alojamiento cuarenta y pico años antes (un pico de gaviota). El hotelito no era muy estrellado entonces, y se notaba. Aun así, la solitaria estrella resultó ideal para un par de busca gangas como nosotros. Previo a la segunda estadía, un violento ataque de nostalgia llevó a mi marido a un agobiante cacareo sobre el mencionado albergue. Tras decidir el callejeo por el recuerdo, coloqué lo necesario, y lo no necesario, en la maleta; nada nuevo bajo el sol. Incluí también los frascos de Geritol y Memorex. Las Midol no dieron el viaje; ya no era igual.

Quince minutos nos tomó la travesía de la estación al hotel, o más bien, más allá del hotel. La cantata a dúo con Beyonce llevó al taxista a pasar la entrada por un buen trecho. La encogida de hombros del taxista que acompañó el frenazo, precedió por segundos al pago exacto sin propina y la encogida de hombros de mi marido. Agradeciendo al de la idea de ponerle rueditas a las maletas, arrastramos el equipaje hasta la entrada del hotel. De inmediato supimos de su promoción a general de cuatro estrellas. El ascenso respondió a la obligada remodelación tras la estadía, sin reserva, de las aguas del Tiber en la inundación de 1980. A pesar de la elegancia, eché de menos las ánforas de vino en el bar y las paredes de ladrillos descascarados. No, ya no era igual.

Como la pizza de pepperoni y setas engullida en la Stazione Bologna Centrale había tomado el rumbo de los gladiadores, solicité un servicio de pisciolabis pre cena. La respuesta nos llevó a la amargura: servicio a los cuartos, inexistente; cocina, cerrada, y para echarle alcoholado al guayazo, el restaurante abría a las veinte horas. Las tripas, que no *capisce* la hora militar, mantuvieron la cordura hasta sacar cuenta y enterarse de que no podrían neutralizar la acidez hasta las ocho de la noche. Resignados, dividimos el Snickers rescatado del fondo de mi cartera y encendimos los Kindle, para matar con lectura las horas hasta la cena. Como dije: ya no era igual.

A las veinte menos cinco nos dirigimos al ascensor con capacidad para cuatro pigmeos anoréxicos. Un nutrido grupo esperaba el traslado a la azotea, la terraza al aire libre que servía de comedor. La mayoría de los presentes eran turistas americanos, acostumbrados como nosotros a *mangiare presto*. Tras una espera exasperante, abordamos el cajón tembloroso hasta el quinto piso. Rápidos taconeos sobre cerámica italiana nos colocaron en la fila para ser escoltados a la mesa. Delirantes por el aroma del pan recién horneado, contemplamos el espectáculo ante nosotros: las ruinas del Foro Romano iluminadas por focos de colores cambiantes. Poco más tarde, el *Maître D'* Paolo Rostro Di Yeso, nos condujo a la mesa acompañados con los acordes del pianista Sergio Mala Nota, conocido en Roma como “El Asesino de la Corchea”.

La canasta de pan le ganó por segundos a la carta de vinos en carpeta de cuero repujado. Bollitos de pan, rolos con semillas de ajonjolí, tostadas tamaño normal y en miniatura, pan negro (rogué que fuese el color original), galletas saladas y de soda, y varios paquetitos de *grissini*, los palitos de pan italiano. La abundancia en carbohidratos me llevó a sospechar que la cena tardaría más que la construcción de la Vía Appia. Luego de estudiar la lista de vinos, Kid Nostalgia pidió una botella de un fino Barolo. Supongo que la oscuridad del lugar, sumada a sus cataratas programadas para cirugía, fue responsable de la selección. En fin, la VISA tendría que ajustarse los pantalones. Además del tinto, ordenamos crema de tomate a la mozzarella

para el caballero, y *pennette* a la siciliana para mí. Soñar con el pasado es gratis.

Mientras la brisa suave le robaba varios grados Celsius al ambiente, decenas de aves surcaban la bóveda celeste sobre la terraza. La voladera del rebaño alado sin una sombrilla a mano llenó nuestras mentes de pensamientos nefastos. Aun así, el ornitólogo frustrado a mi lado quedó en total eslembe con las que identificó como golondrinas. Para mí, miope sin remedio, pudieron haber sido focas voladoras. La noche cayó, al igual que las primeras copas del Barolo. Jamás imaginé que llegaría el momento en que vino y música romántica —aunque desafinada— no llenara mi psiquis con ideas XXX. ¿Culpa de Mala Nota? ¿Falta de algo masticable bañado en salsa? ¿Post menopausia acompañada con desgaste neurológico? No, era que ya no era igual.

Entre las pocas ventajas de tener mozos con reuma en las chanclas, estaba disponer de tiempo para la crítica de los demás comensales. Empezamos la disección con los vecinos de mesa, una pareja de rusos. Él, menudito y simpático; ella, ex miembro del equipo soviético de lucha libre antes de las pruebas de dopaje. El marido apenas probó una ensalada; la mujer se pasó la mitad de una vaca con obesidad mórbida y enfocó en las yerbas del infeliz. Rostro Di Yeso nos dio material para el cuchicheo al enviar a un turista americano a echarle ruedo a los pantalones cortos. Tras otros despiadados comentarios, enfocamos en el escote de una francesa. Era obvio que la veteranísima dama desconocía que la ley de la gravedad estaba vigente. El despelote francés me llevó a acomodar —con disimulo, por supuesto— mi 18-Hours de Playtex.

La interpretación de Mala Nota mejoraba a la inversa del nivel del Barolo en la botella. Justo con la llegada del *piatto principale*, el pianista arrancó con “Venecia sin ti”. Solo necesité siete estrofas para identificar el viejo clásico. Dos horas y dos botellas de tinto más tarde, empancinada por un lenguado con almendras en un plato al tepe de *linguine all’aglio e olio*, ordené un macchiato. Justo con mi café llegó el carrito de los postres. El mozo chofer lo estacionó frente a la mesa, y acto seguido, el mozo bilingüe a su lado comenzó a identificar los

dulces. Mi marido detuvo la letanía en el tiramisú. Levantando en alto el platillo con una generosa porción del postre, el conocedor de lenguas preguntó en un inglés más acentuado que el del *Godfather*:

—¿*Tu focks?*

Con una leve sonrisa y un “ay bendito, mijo” encendido en la mente, tasé al zombi embriagado a mi lado y completé el desaliento: “solo con un milagro, *carissimo*”. Hombre observador, Vito Corleone notó las carcajadas atascadas que luchaban por abandonar las gargantas. Con cara de *capo di tutti capi*, repitió la pregunta, y esta vez, además de levantar el tiramisú, levantó la voz... y dos tenedores:

—¡¿*TU FOCKS?!*

—Ahhh... eso —respondimos a dúo.

Media hora más tarde, en el cuarto, los ronquidos de mi compañero de colchón me adelantaron el *hangover*. Par de Alka Seltzers en agua de botella sin gas, y tiré la cabeza sobre la almohada. Antes de quedar inconsciente por la contusión, creo haberme preguntado si columna de mármol vestida con la funda blanca, sería la misma almohada de la primera visita. Eso sí era igual.

UN PLATO

*Todo perece en ti, todo termina,
En ti se desvanecen los amores...*

Vicente Palés Anés

¿Viene calmado? Escucho el motor en la marquesina y estimo el tiempo que tarda desde que lo apaga hasta que cierra la puerta del auto. No ha sido pronto. Reviso que la casa quedó en orden cuando salí al trabajo esta mañana. Se me tuercen los hombros y el cuello. Los pasos no son fuertes al acercarse al portón. De ese y todos los accesos tengo llaves escondidas desde que amenazó con dejarme encerrada un día que quise visitar a mi hermana. Exigió que viniese ella hasta aquí, desentendiendo que no tiene carro. Entra. Cuelga el llavero, no lo tira. Respiro. Me acerco a saludarlo tal como él anticipa. Me ignora. Destapa la olla. Vapores del sofrito invaden la cocina. Nos sentamos a comer. Prueba. Despotrica. Impulsa el plato. Todo estalla. Me incorporo. Rebotan insultos con el golpeteo de las piezas contra el piso. Alza un brazo empuñando cólera. Estoy inmóvil. Gira inflamado. Sale tronando la puerta. Respiro. Sujeto el borde de la mesa; la rodeo. Encuentro la silla sin buscarla, me hundo sobre ella. Arroz confuso por las losas con charcos y trozos de carne. Observo el plato inerte: No está roto. Lo tiró violentamente. No se rompe. ¿Cuántos desprecios resiste? No es basura. Por el largo pasillo, mi cuerpo se desplaza atiborrado de heridas invisibles. En la ducha, el agua despinta las lágrimas memoradas. Del pelo me gotea asco; se derrama por la piel que tantas veces él poseyó. La froto. La visto de compasión. El pasillo se ensancha cuando lo atravieso. Recojo el plato. Lo lavo con tibieza. Lo llevo conmigo al auto. Me hace compañía en la marcha sin regreso.

EL ESPANTAPÁJAROS

Atardecía. Otro día se acababa en el campo. La calma reinaba al ponerse el sol suavemente en el horizonte tenue de principios de primavera. Todos regresaban a sus casas, a sus establos, a sus madrigueras. Todos se disponían a descansar junto a los suyos. Todos, menos el espantapájaros.

Siempre había sido así; a nadie se le hubiera ocurrido que fuese de otro modo. Pero esa tarde, algo se notaba distinto en el ambiente. Después de tanto tiempo, el espantapájaros se dio cuenta por primera vez de su existencia. Un no sé qué lo sacó de su letargo de estatua utilitaria y al fin sintió.

Antes había sido un artefacto más de la granja; inmóvil, con los brazos extendidos lado a lado, los ojos apuntando siempre en la misma dirección y los pies enterrados en el suelo del campo. Le parecía normal ser tan solo una parte de las instalaciones agrícolas.

En ese momento comenzó a verse como un ser independiente de su entorno. De pronto, aquella tierra fértil que hasta entonces lo sostenía, ahora lo aprisionaba. El viento que solía arrullarlo hasta dejarlo dormido, ahora lo helaba por dentro. Y la noche, que otrora le brindaba paz para descansar del trabajo diario, ahora lo hacía percatarse de su inmensa soledad.

Así pasó el tiempo, aumentando cada día la tristeza del espantapájaros. No comprendía por qué estaba solo, si era tan bueno en su labor y siempre cumplía con su deber a cabalidad. ¿Por qué nadie querría ser su amigo?

Entonces, una noche de verano, al ver el rostro pétreo de la luna saliendo enorme por el este, el espantapájaros juntó todas sus fuerzas y logró zafarse de su grillete de arcilla y humus, un pie a la vez. Para evitar que lo reconocieran, se quitó las ropas. Caminó por los sembradíos buscando a alguien, a cualquiera, pero fue inútil. El campo estaba desierto. Siguió avanzando hasta llegar al borde del bosque. Con los brazos caídos igual que su ánimo, se sintió más solo que nunca y deseó con todas las fuerzas pertenecer a una familia; no importaba a cuál. Anhelaba ser un miembro vivo e importante de un grupo; necesitaba otro propósito en su vida.

Cansado, arrastró los pies por el bosque oscuro buscando refugio y abrigo. En un claro, vio los enormes abetos que tocaban las estrellas con sus ramas y se emocionó profundamente. Mientras más los detallaba, más se maravillaba. Una sensación de paz lo invadió. De repente, para su asombro y sin querer evitarlo, los brazos comenzaron a levantarse otra vez, llenándose de una nueva energía. Los pies cansados se proyectaron hacia abajo, perforando el suelo del bosque, y aquel cuerpo de heno se fue fortaleciendo en una gruesa corteza parda adornada de musgo verde y blanco. La felicidad lo embargó cuando de los brazos, pecho y cabeza brotaron ramas poderosas llenas de hojas.

Amanecía. Las aves del bosque revoloteaban entre el follaje, posándose alegres sobre el nuevo gran abeto. Buscaban alimento y lugar para construir sus nidos. Había un rumor extático en el ambiente. Y en su interior, él sonreía.